

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Joan M. Mayol, monje de Montserrat
26 de agosto de 2007
Is 66, 18-21; Heb 12, 5-7, 11-3; Lc 13, 22-30

Cuando la Iglesia reúne a sus hijos cada domingo en torno a la mesa para comer y beber con Jesús escuchando su Palabra, nos recibe a las puertas de este convite de fiesta con una plegaria contemplativa que nos abre los ojos el misterio inefable del amor de Dios. La plegaria de este domingo empezaba llena de admiración: *Oh Dios, que unes los corazones de tus fieles en un mismo deseo*. Una unidad ésta que no se refiere tan sólo a una buena armonía entre nosotros, sino sobre todo a una comunión de vida con Dios, y, por Él y en Él, entre nosotros. Esta voluntad de Dios vivifica la misma raíz de nuestra vocación y misión como Iglesia. Que todos sean uno, como Tu Padre en mí y yo en Ti. *Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado*.

Jesús es uno con el Padre porque es una la voluntad de los dos en el Espíritu Santo. - reunir a los hijos dispersos- Jesús ama lo que hace Padre - sostener la vida de todos, buenos y malos- y Padre se complace a la manera humana de hacer de Jesús que reúne de nuevo a los hombres que el pecado había alejado y dispersado - Aleccionada con esta verdad, la Iglesia, nos hace pedir amar lo que Dios nos manda y desear aquello que Él nos promete. *Que los cristianos de todos los pueblos amen aquello que mandas y deseen aquello que prometes*.

Aquello que Dios manda no es un peso a soportar sin más remedio, sino un don a descubrir y a conocer, un tesoro que amar y disfrutar cada vez más en nuestra vida. Aquello que Él nos promete vale más que todo lo que podamos desear porque es la participación plena en el misterio inefable de su Amor. En esta tarea de búsqueda de la verdad y del bien no estamos solos. Dios participa con la complicidad de su gracia a fin que los nuestros corazones se mantengan firmes allí donde se encuentra la alegría verdadera. Y es que amar y desear, desde Dios y en Él, es la alegría verdadera. Este amor y este deseo unen nuestros corazones en un mismo anhelo y hacen posible que, la inestabilidad propia de la fragilidad humana, que en la vida a veces tan crudamente se hace sentir, no hunda la fe y la esperanza que tenemos puestas a Dios.

¿Dónde se encuentra, sin embargo, esta alegría verdadera? Mirad: a pie de calle, en torno a los amigos, en pleno trabajo, cerca de aquellos que nos hacen sufrir, en medio del sin sentido de la violencia y de la muerte, en todas aquellas realidades humanas, buenas o malas cuando éstas son transformadas por la verdad conforme al bien siempre mayor que es el Reino del cielo. Allí donde se va venciendo la exclusión, allí se encuentra la alegría verdadera. Allí donde la amistad nos acerca más en el Reino del cielo, allí se respira la alegría verdadera. Donde el amor no sucumbe a la maldad, allí crece la alegría verdadera. Allí donde la verdad y el bien ganan terreno a la violencia y al terror, renace la alegría verdadera: Allí donde el luto es abrazado por la esperanza florece de nuevo la alegría verdadera. Y allí donde hay esta alegría está presente el Reino del cielo.

Sin embargo, ¿de dónde proviene la alegría verdadera? De la comunión de voluntades con Dios. Y aquí reside toda su grandeza y su fuerza. Vivir y trabajar en complicidad con Dios es amar la verdad básica que rige la vida humana y el bien que la lleva a su plenitud. Amar el bien es conocer a Dios y ser conocido por Él según aquella sentencia: *todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios, porque Dios es Amor*. Por eso no se extrañe que el amo de la casa del evangelio de hoy afirme con tanta

claridad no conocer de nada a aquellos que han obrado el mal - no sé quiénes sois. Alejaos de mi malvados.

Esta pequeña parábola de san Lucas nos estimula a mantener activo en nosotros el amor a Dios que ha sido derramado en nuestros corazones. Es él, el amor, el que tiene la capacidad de entrar por la puerta estrecha; por eso, la multitud de hombres y mujeres, conocidos o anónimos, que a lo largo de la historia han vivido amando la verdad y haciendo el bien cumplen la profecía de Isaías que hemos escuchado en la primera lectura y las mismas palabras de Jesús: de todas las naciones vendrán a la montaña santa; con los conocidos como Abraham, Isaac y Jacob, pero también con los anónimos: gente de oriente y de occidente, del norte y del sur. Todos ellos se sentarán juntos en la mesa en el Reino de Dios.

En la sentencia final de Jesús: *Mirad: hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos* resuenan los ay que siguen a las bienaventuranzas según san Lucas. *¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto,* y no con menos fuerza oímos resonar también el canto del Magnificat que la Iglesia cada día pone en nuestros labios a la hora del atardecer: *Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.*

Serán pocos los que se salven, preguntaba alguien en el evangelio. Esta pregunta que angustiaba a muchos de los contemporáneos de Jesús y a no pocas personas de épocas no tan lejanas, Jesús la sitúa en otra perspectiva. No es una cuestión de cantidad preestablecida conforme a una elección de Dios como creían muchos del pueblo escogido, sino una cuestión de apertura a la verdad y al bien en el camino de la vida presente. Jesús no pretende tranquilizar a los justos y menos todavía asustar a los pecadores; su propósito es convertirnos a todos al amor de Dios que no se cansa de hacer el bien.

Esta pequeña parábola es claramente un toque de alertar de un padre que, porque nos ama, nos corrige. No perdamos el tiempo con números y profecías de masas, corramos con un corazón ensanchado por el camino de los mandamientos a fin de que encontremos a quien nos reconozca como suyos en el umbral de la puerta estrecha. La cuestión de la estrechez de la puerta es importante pero no determinante, es indicativa; aquello que se decisivo es que el amo de la casa, que es Dios, cuando abra esta puerta estrecha nos reconozca. Y nos reconocerá por el amor que hayamos vivido, dado y compartido.

Cuando la Iglesia nos prepara la mesa de la eucaristía nos invita a llevar los gozos y las penas de cada día; no nos olvidemos de llevar también el amor y los anhelos que van haciendo en nosotros la obra de Dios, pues, aunque comer y beber con Jesús y escuchar su Palabra no son, por sí mismos, ningún salvoconducto de la vida eterna, sí que nos ayudan a amar la verdad y a hacer el bien, y son nuestra fuerza para mantenernos firmes allí donde se encuentra la alegría verdadera.